

# VALIJA indiscreta

LAS BANDERILLAS DE MEXICO

¿Qué clase de banderillas ha puesto Carlos Arraza en la plaza de toros de Madrid? ¿A quién se las ha puesto? ¿Por qué han hablado de ellas los revistas turísticas y no los articulistas políticos?

Yo me atrevo a abordar el tema, a pesar de mi absoluta ignorancia en cosas de toros. No soy lo que se dice un aficionado. El acto de ponerse, vestido con seda y lentejuelas, delante de un toro bravo, me ha parecido siempre un acto poco razonable. Lo sensato, cuando el toro embiste, es echar a correr y no entretenerse en hacerle monerías con la capa o exponerse en plantarle unas banderillas. Por eso, yo no he admirado a más torero que a Rafael el Gallo cuando daba aquellos famosos "espantás", que tanto indignaban al público y que a mí me parecían la más juiciosa que se podía hacer en aquel trance. Creía yo entonces que cualquier persona en pleno uso de sus facultades mentales debía hacer exactamente lo mismo que hacía el "divino calvo", en vez de quedarse delante del toro, expuesto a que lo cogiera. Mi admiración por el Gallo llegó a su punto de culminación la tarde que lo vi tratando de degollar con el estoque a un toro, desde detrás de la barrera. Mientras el público, frenéticamente indignado, le tiraba almohadillas, yo celebraba aquel ruego de prudencia y de astucia que daba a Rafael ciertas probabilidades de degollar al toro, mientras que el toro, con la barrera por en medio, no tenía ninguna de degollarlo a él.

Reconozco, pues, que mis ideas sobre la tauromaquia no son las más adecuadas para apreciar la proeza turística de Carlos Arraza en la plaza de toros de Madrid. En realidad, yo no pretendo quitarle el puesto de revistero turístico al ex ministro "Clarito", sino hablar del suceso en mi calidad de refugiado en México, que es lo que me da, por esta vez, autoridad en la materia. En efecto; si yo y otras muchas españoles no fuéramos refugiados en México, el mexicano Carlos Arraza no hubiera despertado tanto entusiasmo en Madrid, hasta el punto de que el público le otorgara las orejas del toro antes de que éste estuviera muerto, es decir, cuando las orejas todavía

pertenecían al toro. Esto no quiere decir que los refugiados podamos ahora ponernos por ahí como si hubiéramos sido nosotros los que hubiéramos puesto las banderillas. Todas las correspondencias coinciden en afirmar que quien las ha puesto es Arraza, y por lo tanto no nos cabe ninguna gloria directa en este arriesgado y complicado ejercicio que consiste en "ganarle la cara al bicho, consentirlo, reunir con exactitud y levantar los brazos con gallardía", como escribe el revistero de "Ya". Lo que ocurre es que todo esto, realizado por un torero mexicano, en realidad al público madrileño un calumnioso extraordinario por el hecho

de que nosotros estemos refugiados en México, es decir, por el hecho de que México ayudó a la República española, acogió cordialmente a los republicanos españoles y no ha reconocido ni Franco.

Sin quitar ningún mérito a Carlos Arraza como banderille-

ro, lo cierto es que en los aplausos tributados al torero mexicano, la mayor parte van, sin duda, a lo que tiene de mexicano el torero y no sencillamente a lo que tiene de torero. El pueblo español vitorea a Carlos Arraza como mexicano, porque no puede olvidar al general Lázaro Cárdenas, y, en el fondo, le importa poco que las banderillas de Arraza estén colocadas con tanta gracia como dicen las revistas falangistas. Lo que le importa es revertirse las manos aplaudiendo a México.

El mismo fenómeno se produjo ya en Madrid con pretexto del cine mexicano. Una película de México se proyectó en una sala madrileña más de cien noches seguidas, cosa no lograda jamás anteriormente. ¿Excelencia del cine mexicano? Sin duda. Pero, sobre todo, excelencia de México, excelencia de su realidad

para la República española. Aquella película daba a la madre, a la esposa y a los amigos de cada refugiado en México una imagen del país que lo había acogido con cariño. México en la pantalla era la presencia inevitable del ser querido, el paisaje de su existencia actual. En el hogar vacío, México llena con un fláuido misterioso, hecho de devoción y cariño español, la ausencia del que volverá. Y hoy, en los cárceles españolas, una egi-

ría mexicana es como un himno prometedor, como una maravilla de esperanza. Los falangistas han de tragarse el amor español a México como una purga de ricino, y atribuir sólo al arte de una película o a la destreza de un torero el fervoroso homenaje del pueblo español a México. Pero, en el fondo, también ellos están en el secreto y saben que cuando el pueblo aplaude un par de banderillas de un torero mexicano, en realidad aplaude el sobervio por de banderillas de castigo que México llevó a Franco en el morrallo.

EL VALLEJO

26  
29 Julio 44

A.P.C.E.  
SIG.:  
1.2e/1070.